

variedad humana toda su indispensable latitud.

Aparte de estos asuntos generales ocupóse el Congreso de los medios de acción para mejorar el trabajo; de las huelgas y recursos más rápidos á remediarlas; de la enseñanza primaria y profesional; de los reglamentos morales y sanitarios que deben impedir el excesivo trabajo de las mujeres y de los niños; de las diferencias entre la simple asociación y la asociación cooperativa; de las varias relaciones entre el capital y el trabajo y de las varias maneras de armonizarlo; de los impuestos directos é indirectos y de los obstáculos que se oponen al desarrollo del trabajo; de los ejércitos permanentes y de su influencia en la producción; problemas todos, que se relacionaban estrechamente con el problema del trabajo y que merecían la atención del Congreso dominado entonces por clarísimo sentido político y por una gran prudencia.

El Congreso se disolvió como se disuelven todas estas Asambleas en la libre Suiza; con fraternal banquete en que se pronuncian los bríndis más entusiastas y se apuran las rebosantes copas en fraternal alegría; con procesiones por las calles precedidas de músicas y acompañadas de banderas en que se divisa el santo signo de la confederación y de la República; con paseos por aquel lago de color celeste, de aguas cristalinas, cuyas márgenes bordan florestas y vergeles interminables, cuyos horizontes limitan las agujas eternas de los Alpes en que se rompe con tantos y tan varios matices la clara luz del día; espectáculos maravillosos, increíbles, capaces de elevar el corazón y la inteligencia á las más altas cimas de lo ideal porque se ven y se adoran allí palpablemente las dos obras mayores de Dios, la libertad y la naturaleza.

Al Congreso de Ginebra de 1866 siguió el Congreso de Losana de 1867. Las ideas de la Internacional se habían ya modificado un

tanto en este Congreso y habían tomado un aspecto más amenazador y más grave. Las sociedades cooperativas, que son la señal más luminosa de la armonía necesaria entre el capital y el trabajo, fueron acerbamente criticadas porque diz que creaban nueva clase media entre los trabajadores y nuevo quinto estado entre los pobres. Error de los errores, el aspirar á que las clases todas se emancipen y se nivelen como por milagro en sólo un día, cuando en la naturaleza se pasa de organismos imperfectos á organismos perfectos por medio de la serie, en la lógica de unas ideas á otras ideas por medio también de la serie, en la historia desde un estado imperfecto á otro más perfecto por sucesivas gradaciones; y en la sociedad no puede resolverse el problema social sino por la elevación constante, gradual, eterna de los inferiores y de los desgraciados á la visión de lo ideal y al goce del derecho. No bastaba con alarmar á las clases medias amenazándolas en su propiedad, en sus ahorros, en la facultad de transmitir á sus hijos los frutos del sacrificio y del trabajo, se necesitaba también morder con la mordedura de la envidia, siempre venenosa, á los que habían conseguido por sus virtudes, por sus talentos, por su esfuerzo, prescindir de las exigencias del capital y alcanzar un trabajo retribuido y seguro. En las escuelas socialistas se sostiene siempre un principio falso; el principio de la irresponsabilidad. Se le dice al individuo que va embarcado en la sociedad, como en nave ajena, á merced de las olas y de los vientos. Se imputan á las instituciones sociales todos los errores y todos los crímenes de los individuos. Se quiere que sea una misma la suerte del pródigo y del económico, del vicioso y del arreglado, del trabajador y del pigre. ¡Cuántas de las desgracias sociales se deben á culpas propias, á vicios arraigados, á desórdenes de que es autorá y responsable solamente la libertad individual! Así declararon, llevados de antiguos errores, que el principio de aso-

ciación puro, que los esfuerzos individuales, que el trabajo de todos los días, que la virtud y el ahorro no podían resolver el problema social y que lo resolvería un conjunto de medidas más ó menos utópicas aplicadas por procedimientos más ó menos arbitrarios á una sociedad completamente soñada é imposible. Volvíase al error antiguo, á la apoteosis del Estado, al comunismo bárbaro de las sociedades asiáticas, al retroceso universal. Ese monstruo que vive devorando y rumiando las libres individualidades era considerado como la primera máquina y el primer instrumento de progreso. La Internacional, pues, se inclinaba al comunismo é inclinándose al comunismo se inclinaba en realidad á la muerte.

Los resultados de sus esfuerzos tocábanse ya de cerca. Los trabajadores ingleses habían sido los primeros en experimentarlos. Como quiera que en sus conflictos con los capitalistas, estos podían echar mano para reemplazarlos de los trabajadores continentales, la asociación los había advertido y preservado de toda concurrencia peligrosa. Los cesteros de Londres se habían indispuesto con sus trabajadores y recurrido á Bélgica. Fueron los belgas embarcados sigilosamente, conducidos como á hurtadillas hasta la capital británica, encerrados y puestos á buen recaudo; y el Consejo general de la asociación logró romper aquel círculo de hierro y arrastrar á los trabajadores fuera de los talleres donde arruinaban á sus compañeros de miseria y de servidumbre. La sección inglesa decía que su propaganda no fué tan activa en el año de 1867 como en los años anteriores. En Inglaterra nunca se ha verificado el progreso de la manera regular y ordenada que cree la mayoría del vulgo. Los gobiernos han resistido hasta que la opinión los ha dominado; y la reforma electoral embargaba la atención del pueblo inglés, y las manifestaciones se sucedían unas á otras, y los clubs concertaban largos trabajos; y mientras la opinión estaba de esa suerte suspensa, no había medio de divertir-

la de las cuestiones políticas para empeñarla en las cuestiones sociales. Muchas sociedades se habían adherido tarde á la organización de la Internacional; pero esto dimanaba de la sábia lentitud de los procedimientos ingleses, de la intervención que tienen allí todos los asociados en la sociedad, de las escasas facultades de sus juntas directivas, y de las largas discusiones precedentes á toda resolución. Pero la consecución de las reformas electorales daba margen á creer que se tratarían con más empeño en adelante las cuestiones relativas al trabajo.

En Bélgica, la asociación se felicitaba de haber contribuido á retraer á los trabajadores en mimbres de sus viajes á Londres, de los progresos hechos en 1867, de la reunión de los jornaleros gantenses á la Internacional, así como de los carpinteros de Amberes, de las sociedades de resistencia ya organizadas y de los grandes adelantos obtenidos. En cambio iba lentamente la organización de la sociedad en Alemania; y en Italia no pasaba de las tres ciudades, Milán, Génova y Nápoles. En todas estas asociaciones se veía claramente, más que una tentativa de mejorar el trabajo, una insensata conjuración contra el capital.

En 1868 y 1869 los congresos de Bruselas y Basilea dieron un paso más en esta senda. El día 7 de Setiembre de este último año leyó un secretario, el ciudadano Robert, lo que podríamos llamar discurso de apertura, que comenzaba refiriéndose á los informes de los delegados de las diferentes secciones para demostrar los progresos de la asociación general. La relación de la alta junta directiva debía referirse principalmente á las guerras entre el capital y el trabajo, engendradas, según el vulgar sentir, no tanto por la miseria de los trabajadores y por el despotismo de los capitalistas, como por las intrigas de la asociación. A los individuos de esta grande junta parecían la ciudad de Basilea, república democrática y federal, con todo el espíritu de nuestro siglo, con toda la vida de nuestra sociedad,

en la plenitud de los derechos naturales, en el ejercicio de la soberanía popular, llegada á donde tarde llegarán los demás pueblos modernos, una ciudad de la Edad media, con tradiciones locales, con prejuicios estrechos, con aristocracia orgullosa, y sobre todo, con un patriarcado dulce, tranquilo, ejercido sobre el obrero, patriarcado digno de los antiguos tiempos y de los profetas bíblicos. Una revolucion intentada en este medio parecia un verdadero imposible; y sin embargo, las luchas entre capitalistas y trabajadores comenzaron el 9 de Noviembre de 1868 y se extendieron hasta la primavera de 1869. La Internacional se gloriaba de haber sostenido la guerra en una ciudad tan pacífica. De Basilea llevaron la perturbacion á Ginebra, ciudad tambien libre, tambien democrática, tambien republicana, tambien federal, y donde lograron, despues de graves perturbaciones, de luchas con la policia en que se emplearon el rompecabezas y el revolver, una inteligencia con los patronos.

En Bélgica, matanzas urdidas y organizadas en altos sitios sociales, se cebaron en los trabajadores de Seraing y de Borinage. El juez de instruccion que procedió en la averiguacion de aquellas perturbaciones, en vez de ensañarse en los asesinos, se ensañó en sus víctimas. Encuentra una carta, que pedia quinientos internacionales, y cree que eran quinientos conjurados para una revolucion. Averiguado el caso, resultaron los quinientos internacionales ¡ah! quinientos números del *Internacional*. Intercepta un telégrama que demandaba pólvora, y cree haber puesto la mano sobre el gran crimen, cuando, al averiguarlo, resulta que la pólvora era pólvora insecticida. Durante el invierno de 1869, la propaganda de la sociedad se paralizó en Francia por las violentas medidas tomadas contra la seccion de París. Por los procesos judiciales, por las maniobras de la policia y sobre todo por el interés general que despertaron las reñidísimas elecciones para el Cuer-

po Legislativo, la Internacional no pudo dar un paso. Pero grandes huelgas en los distritos hulleros del Loira, en los talleres de tejedores de Lyon, en las minas y fundiciones de San Estéban y de la Ricamarie, disueltas muchas de ellas á tiros, que mataron á débiles mujeres y á pobres niños, muestran todo el poder de la asociacion.

Los trabajadores austriacos habian jurado guerra á muerte al capital en aquellas circunstancias, y se habian adherido á los principios socialistas en el Congreso de Eisenach. Aquel Imperio disuelto, aquella Corte corrompida, aquel ejército roto y destrozado que no pudo sostener su unidad ni contrastar á Prusia, aquellas clases medias que han ganado sus privilegios, no por sus propias fuerzas, sino por las desgracias de sus eternos enemigos, todos estos elementos, calificados así por el relator de la Sociedad, olvidaban sus mútuas querellas y se unian fuertemente en estrecho lazo, para aplastar á los trabajadores. En Moravia se reprodujeron las grandes matanzas de Bélgica, en Hungría se imitó á Moravia, y los ministros liberales negaron toda libertad á los trabajadores.

Prusia y el resto de Alemania se distinguian grandemente en aquel tiempo, por la fundacion de sociedades cooperativas. En el Congreso de Eisenach, se habia formado un partido socialista, tomando para su organizacion los Estatutos, y para su dogma los principios de la Internacional. En Barmen reunióse otro Congreso y se adhirió á la doctrina de la grande Asociacion, aunque no pudo entrar en su seno por impedírselo las leyes alemanas. En Inglaterra, el gobierno habia tambien organizado matanzas contra los mineros de Gales, y los jueces castigaron con diez años de presidio delitos que en Francia sólo merecian tres meses de prision. El relato de la junta directiva se terminaba por una especie de escitacion á los obreros, para que perseveraran juntamente en su proceder y en sus ideas.

Despues de estas relaciones, se entró en la discusion. El Congreso reconoció la legitimidad de las huelgas y trató de someterlas á ciertas reglas, cuya aplicacion quedaba á merced de una junta de árbitros; y declaró tambien que así las máquinas, como los demás instrumentos de trabajo, deben pertenecer á los trabajadores y funcionar en su provecho. Pero el asunto capitalísimo, el objeto, que era como la preocupacion exclusiva de la Asamblea, surgió con toda su tristísima desnudez en este momento supremo, es decir, surgió el problema de la propiedad. Los delegados de París comprendieron bien pronto todas las dificultades y todos los peligros que encerraba el suscitar este problema; y pretestando que la cuestion habia sido propuesta en las últimas sesiones; considerada bajo su aspecto general de una manera insignificante, y bajo su aspecto agronómico de una manera incompleta, se abstuvieron de todo debate, y declinaron toda responsabilidad. Y en efecto, era para declinada toda la responsabilidad de una declaracion que pedia la propiedad de las canteras, de las minas, de los caminos de hierro, de los canales, de las vías telegráficas, de los montes y los bosques, del suelo, en fin, para toda la colectividad social. El

problema se habia resuelto sí, pero se habia resuelto, cayendo la Internacional en pleno comunismo.

Al reunirse el Congreso general de Basilea, se agravaron las declaraciones del Congreso general de Bruselas. Los delegados de París quisieron atenuarlas, mas no alcanzaron su intento, porque la corriente los arrastraba con todo su ímpetu á la utopia. Así, decidieron que todos los instrumentos de trabajo entraran en poder del trabajador, que siendo la tierra tambien del trabajo instrumento, fuera propiedad comun, colectiva de los trabajadores; que se desposeyera y despojara á todos los propietarios para formar el acerbo comun; que se llegara á la liquidacion social; que se suprimiera el Estado como órgano inútil de la sociedad, y se fundaran sólo municipios comunistas, á manera de los que todavía se estienden hoy por algunas tierras de la India y por algunas estepas de Rusia. El Concilio del trabajo, pues, habia concluido como el Concilio de la Religion, por un suicidio. El uno habia levantado el despotismo moral, y el otro el comunismo económico del Asia, ambos una utopia condenada por nuestro corazon y por nuestra conciencia.